

tra la cual había de reaccionar, á su vez, el clasicismo de la segunda mitad del siglo XVII.

Guillermo de Saluste, señor du Bartas (1), nació en 1544, cerca de Auch, en plena Gascuña; pasó su infancia y su juventud en el pequeño castillo de Bartas, rodeado de «alquerías, molinos, prados y bosques.» Allí, en un ambiente por completo familiar, recibió su primera educación que, sin embargo, fué, según parece, muy sólida, pues abarcó las lenguas antiguas (incluso el hebreo), las lenguas vivas, las ciencias y las letras. Hasta 1576 permaneció en aquel rincón de provincia; no obstante, en 1574 había publicado ya «Judith» y «Urania.» Después vióse arrastrado en las luchas que agitaban á Francia; era un hugonote muy ferviente y muy bondadoso, se adhirió á Enrique de Navarra, le prestó algunos favores y murió antes de su triunfo, en 1590 ó 1591.

Du Bartas fué también un solitario durante una gran parte de su vida, en una época en que los hombres se agrupaban y se fundían; fué siempre provinciano, y provinciano de Gascuña (2), cuando París y la corte atraían cada vez más á los escritores y daban el buen tono; y ambas circunstancias explican las candideces y las torpezas que se observan en su inspiración y en sus obras. Constituye asimismo un tipo de poeta hugonote místico que se preocupaba de las cuestiones morales y religiosas. La gravedad natural y lo profundo de sus convicciones fueron causa de que conservara de sus orígenes más bien la gran elocuencia declamatoria que el numen imaginativo propio de la raza. Du Bartas ha dicho que él fué «el primero» en Francia que «en un poema justo» trató en lengua francesa de las cosas sagradas.

Compuso y publicó en 1579 su obra capital, la Primera *Semaine* («Semana»), que es la historia poética de la creación; la Segunda fué publicada, en parte, en 1584; y el resto después de su muerte. La primera «Semana» tuvo un éxito inaudito y fué traducida primeramente al latín y al inglés, y luego al italiano, al alemán y al español y hasta al danés y al sueco: «Las pilastras y los frontispicios de las tiendas alemanas, polacas y españolas se han enriquecido con su nombre,» decía presuntuosamente uno de sus traductores.

El interés del poema de du Bartas está en que es calvinista, y siendo calvinista, en que es bíblico; en él aparece Dios en toda la majestad que le daban los protestantes y con todo el poder de que éstos le revestían:

Dieu, nostre Dieu, n'est pas un Dieu nu de puissance,
D'industrie, de soin, de bonté, de prudence...
... Dieu tous les ans ranime
L'amarré de la terre et fait qu'elle n'a pas
De tant d'enfantelements encore le flanc las...
... O Dieu, je ne puis
Sonder de tes desseins l'inépuisable puis,
Mon esprit est trop court pour donner quelque atteinte
Même au plus bas conseil de ta Majesté Sainte (3).

(Dios, nuestro Dios, no es un Dios desprovisto de poder, de habilidad, de solicitud, de bondad, de pruden-

(1) G. Pellissier, *La vie et les œuvres de du Bartas* (tesis de la Facultad de París, 1882).

(2) También compuso algunas obras en verso (una de ellas en honor de Margarita de Valois) en el patuá de su país.

(3) Y añáde (y este es un ejemplo de la vulgaridad demasia-

cia... Dios todos los años reanima el vigor de la tierra y hace que, á pesar de tantos alumbramientos, no tenga el seno cansado... ¡Oh, Dios! Yo no puedo sondear el pozo inagotable de tus designios; mi inteligencia es demasiado corta para atacar ni siquiera el más modesto consejo de tu Majestad Santa).

Estos versos son la paráfrasis de la confesión de fe: «Creemos que Dios no sólo ha creado todas las cosas, sino que, además, las gobierna y dirige, disponiendo y ordenando según su voluntad todo cuanto en el mundo sucede.»

II.—Los autores dramáticos (4)

La historia del teatro ofrece la misma unidad en las teorías y la misma divergencia en los hechos que las demás formas literarias del Renacimiento.

Los humanistas y los hombres de la Pléyade quisieron que la comedia y la tragedia se inspiraran en lo antiguo, y las consideraron como un ejercicio literario, como un placer para espíritus delicados, como obras destinadas á ser leídas más bien que representadas. Proscribieron los géneros de la Edad media y particularmente los Misterios; aunque, á decir verdad, en cuanto á esto último obedecían á preocupaciones religiosas ó morales, de acuerdo en este punto con el Parlamento, que, en el decreto de 1548, había prohibido la Pasión y los «demás misterios sacros.»

El poeta Grevin, por ejemplo, escribía:

Ce n'est nostre intention
De mesler la religion
Dans le subject des choses feintes
Aussi jamais les lettres Saintes
Ne furent données de Dieu
Pour en faire après quelque jeu...
N'attends donc en nostre théâtre
Ni farce ni moralité,
Mais seulement l'antiquité.

(No es nuestra intención mezclar la religión con los asuntos de las cosas fingidas. Tampoco la Sagradas Escrituras fueron nunca dadas por Dios para que después se hiciera juego de ellas... No esperes, pues, en nuestro teatro ni farsa ni auto sacramental, sino únicamente la antigüedad.)

Mientras el decreto de noviembre autorizaba la representación de los «Misterios profanos, honestos y lícitos,» los humanistas se mostraban tan intransigentes con éstos como con los otros. «Representaremos, dice uno de ellos, una comedia, no una farsa, un auto sacramen-

do frecuente de su estilo, mezcla de declamación y de familiaridad):

Tes secrets moins secrets, o Dieu, je reconnoi
Lettres closes à nous et patentes à toi.

(Tus secretos menos secretos, oh Dios, reconozco que son cartas cerradas para nosotros y para ti patentes.)

(4) E. Rigal, *Alexandre Hardy et le théâtre français à la fin du XVI^e et au commencement du XVII^e siècle* (tesis de la Facultad de París, 1889) con una muy abundante bibliografía. E. Rigal, *Le théâtre français avant la période classique*, 1901. E. Faguët, *La tragédie française au XVI^e siècle (1560-1600)* (tesis de la Facultad de París, 1883). G. Lanson, *Études sur les origines de la tragédie classique en France* («Rev. d'hist. litter. de la France,» tomo X, 1903).

tal, pues no nos divertimos con cosa tan baja y tan necia...; por eso tenemos gran deseo de desterrar de este reino tales puerilidades y tonterías.»

El gran acontecimiento en la historia del teatro francés fué la representación, en 1552, de la «Cleopatra,» de Jodelle.

Esteban de Jodelle (nacido en París en 1532) había recibido la educación erudita del Renacimiento y comenzado á escribir en edad muy temprana, á los diez y siete años; habíase alistado en la Brigada en 1552. La «Cleopatra,» que improvisó en pocas semanas, fué representada primeramente delante del Rey y de la corte, en el Palacio de Reims, en 1552, y luego, en 1553, en el colegio de Boncourt, delante de un auditorio bastante numeroso, compuesto en parte de estudiantes. Era una amplificación enteramente imitada de Séneca, y apareció acompañada de una comedia, *Eugène ou la Rencontre* («Eugenio ó el Encuentro»).

La Pléyade hizo de la representación una segunda manifestación: algunos de sus miembros representaron en «Cleopatra» y Ronsard hizo sonar la trompeta para celebrarla y declaró que Jodelle «fué el primero que, en un tono gravemente elevado, hizo despertar el tablado francés.» La «fiesta del macho cabrío (1)» contribuyó á fijar la atención pública gracias al pequeño escándalo que produjo.

Al mismo tiempo, los humanistas formularon, después que ya habían sido realizadas en los hechos, las doctrinas del teatro con que soñaban, y naturalmente las tomaron de los antiguos, rehabilitando á Aristóteles cuya autoridad había sido algo abandonada en la primera parte del Renacimiento. Julio César Escaligero (2) compuso una «Poética» que se publicó en 1561 después de su muerte: hablando de la tragedia, la definía: «la imitación por medio de la acción de un acontecimiento ilustre, con un desenlace desgraciado, y en un estilo elevado, en verso;» exigía la unidad de lugar y la unidad de acción. Todos los que vinieron después de él se inspiraron en sus ideas.

Tal vez hemos de ver en Grevin (3) y en Garnier á los verdaderos representantes del teatro clásico en el siglo XVI.

Y sin embargo, el primero sólo dedicó dos años de su vida á la poesía y á la literatura dramática, habiendo sido la suya una de esas existencias activas, múltiples y nómadas que fueron las de tantos hombres del siglo XVI. Nacido en Clermont de Beauvaisis en 1538, en 1556 estaba inscrito en la Facultad de Medicina de París; pero al mismo tiempo tuvo trato con los humanistas, se unió con los miembros de la Pléyade y con Ronsard, formando, por consiguiente, parte del grupo efervescente de los jóvenes poetas que agitaban y apasionaban la opinión, y escribió, desde 1558 á 1560, dos

(1) Véase anteriormente, pág. 398.

(2) Julio César Escaligero, nacido en 1484 y muerto en 1558, había venido de Italia á establecerse en Francia y vivió en Agen. Sostuvo apasionadas contiendas literarias y ha sido llamado, un tanto caprichosamente, «gladiador de la república de las letras.» C. Nisard, *Les gladiateurs de la République des lettres aux XV^e, XVI^e et XVII^e siècles*, tomo I, 1860. Lintilhac, *De Scaligeri Poëtica* (tesis de la facultad de París, 1887).

(3) L. Pinvert, *Jacques Grevin, 1538-1570, étude biographique et littéraire* (tesis de la facultad de Nancy, 1898).

comedias, *Les Esbahis* (Los-Embobados) y *La Trésorrière* (La Tesorera) y una tragedia, *César*, que fué ensalzada por el propio Ronsard. Su espíritu apasionado, ávido de novedades, habíale empujado hacia la Reforma. Después de la conjuración de Amboise (4), en 1560, tuvo miedo y se trasladó á Inglaterra; pero luego regresó á París, en donde se graduó de doctor en medicina en 1562. En la portada de su Teatro (5), publicado en 1561, se le ve ya con la larga toga de médico.

De nuevo le apartaron de la literatura contiendas religiosas y de medicina, éstas tan apasionadas como aquéllas en una época en que todo era motivo de furiosas luchas. Declaróse contrario á Ronsard, después que éste hubo publicado los *Discursos sobre las miserias del tiempo*, lo cual le enemistó con todo el partido católico de la Pléyade; y sostuvo contra un doctor de la Rochela una disputa muy viva á propósito del antimonio recientemente descubierto (6), cuyos méritos eran apasionadamente encomiados por unos y con igual apasionamiento negados por otros. Habiéndole borrado la facultad de Medicina de la lista de doctores, por ser protestante, refugióse en el Piamonte, al lado de Margarita, duquesa de Saboya, que le tomó por médico suyo, le hizo nombrar consejero de Estado y le confió la educación de su hijo. Mas no disfrutó mucho tiempo de este período de tranquilidad en su existencia tan agitada, puesto que murió en 5 de noviembre de 1570, cuando apenas contaba treinta y dos años. Sólo en un momento de su vida pudo dar muestras de su valía literaria; esto no obstante, sus dos comedias y su tragedia bastan para señalar vigorosamente su puesto en la historia del Renacimiento.

Roberto Garnier (7) había nacido en la Ferté-Bernard, en el Maine, en 1535; estudió Derecho en la Universidad de Tolosa, fué nombrado magistrado de lo criminal en el presidial del Mans, y en aquella ciudad se casó, vivió y murió. Ocupó sus ocios de magistrado escribiendo un gran número de tragedias, entre 1568 y 1580: *Porcia*, *Hipólito*, *Cornelia*, *Marco Antonio*, *Antígona*, *Bradamante*, que se representaron en París con gran aplauso.

Garnier puede ser también considerado como el primero, en orden cronológico, de los autores dramáticos modernos por el encadenamiento y el valor de su producción y hasta por los títulos de sus obras que anuncian la tragedia del siglo XVII.

Pero en el teatro, como en los demás géneros literarios, las pretensiones de los humanistas no respondían por completo á los gustos del público. Larivey escribe: «Sé bien que muchos no sienten afición más que por la antigüedad... Otros quieren que así como las épocas son variables y difieren una de otra..., así también las modernas comedias no han de ser iguales á las que ya existían hace mil seiscientos años.» No hay que olvidar, por otra parte, cuán popular seguía siendo el teatro todavía en el siglo XVI: no había pequeña ciudad, ni siquiera aldea, que no tuviera en un momento dado sus representaciones. Ante aquellos auditorios poco ins-

(4) Véase más adelante.

(5) Del teatro de Grevin se hizo una segunda edición en 1562, lo que demuestra suficientemente su éxito.

(6) La contienda del antimonio durará hasta 1661, todo un siglo.

(7) Bernage, *Étude sur Robert Garnier*, 1880.

truidos, las abstracciones científicas de la tragedia filosófica resultaban inoportunas; era preciso que hubiese acción, intrigas, pasiones, y muchos permanecían apegados a los temas viejos cuya ingenuidad les agradaba.

Vauquelin de la Fresnaye, en su «Arte poética», señalaba de una manera precisa las condiciones de un teatro popular. «¡Qué placer sería, dice, ver una tragedia sacada del Antiguo Testamento, y ver representar en las fiestas de aldea, ó en las de la ciudad, en alguna regiduría, ó con ocasión de la fiesta del Santo de una parroquia, ó en alguna hermosa noche de Navidad en que reluce un hermoso sol naciente (Jesucristo), en vez de una Andrómeda atada a la roca y de un Perseo que la ha libertado de sus cadenas, un San Jorge que, bien armado, bien montado, lanza en ristre, espada al cinto, ataca al Dragón!

Por esto cuando se examina la lista, necesariamente muy incompleta, de las comedias representadas en la segunda mitad del siglo XVI, se encuentran al lado de las tragedias de Grevin y de Garnier que fueron representadas hasta en provincias (1), un gran número de misterios y autos sacramentales y aun bajo la forma de tragedia asuntos novelescos ó tomados de otras fuentes que de la antigüedad: *Romeo y Julieta*, *Eduardo rey de Inglaterra*, *La Doncella de Orleans* (2). Sin contar las «Farsas», que continuaron representándose más ó menos en todas partes, puede decirse que la comedia, sin dejar de imitar a los latinos y a los italianos, fué mucho más popular que docta.

El autor cómico más fecundo de aquel tiempo, Pedro de Larivey, nacido en Troyes, entre 1535 y 1540, se alaba, en más de uno de sus prefacios, de haber seguido a Plauto y a Terencio y las «huellas de aquella sagrada antigüedad;» pero en realidad había más bien seguido a los «modernos italianos,» según él mismo lo confiesa. En 1579 publicó «Seis primeras comedias jocosas:» la *Le laquais* («El lacayo»), *La veuve* («La viuda»), *Les esprits* («Los espíritus»), *Le Morfondu* («El cansado de esperar»), *Les jaloux* («Los celosos») y *Les escoliers* («Los escolares») (3), todas las cuales no eran sino traducciones adaptadas de autores italianos: Lorenzo de Médicis, L. Dolce, Grazzini, Gabbiani y Razzi, cuyas obras han sido identificadas.

Pero Larivey no se mostraba muy respetuoso con sus modelos, sino que modificaba ó suprimía personajes y escenas y daba a los asuntos un carácter francés. Y por otra parte, la comedia ultramontana, latina ó aun más bien italiana, con sus tipos de criadas, de mujeres galantes, de viejos y de jóvenes libertinos, y con la licencia de sus cuadros y de su lenguaje, era muy a propósito para gustar al vulgo y no se apartaba mucho del teatro de la Edad media, de modo que casi no era una novedad.

III. — Los eruditos (4); estudios antiguos

Francia tuvo una participación importante en los trabajos de erudición clásica durante la segunda mitad del

(1) En Parthenay, en Saint-Maixent, en Poitiers.

(2) En el colegio de Navarra se representó hasta una tragedia latina sobre el desastre de San Quintín.

(3) Otras tres se publicaron en 1611.

(4) C. V. Langlois, *Manuel de bibliographie historique*, segundo fascículo, 1904 (lib. I, cap. I y II).

siglo XVI; pero los eruditos de aquel tiempo no hicieron otra cosa que continuar la obra de sus predecesores, quienes habían fijado de una manera casi definitiva el método que para los mismos debía seguirse. Como ellos, dedicáronse al estudio de los autores griegos y latinos (5), escudriñaron los textos, hicieron de ellos ediciones críticas, ó tenidas por tales, y los comentaron. Así Adriano Turnebe, que fué profesor en el Colegio real, no ha hecho más que publicar ó comentar obras de los antiguos: Horacio, Plinio el Naturalista, Aristóteles, Teofrasto, Plutarco, Filón el Judío, Arriano, Platón y Oppiano; sólo Cicerón estaba representado por seis de sus discursos y tratados académicos. Podría decirse que esta es la producción media de un erudito de la época.

Esta ciencia fué más francesa que italiana y nuestros eruditos, aun más que durante la primera mitad del siglo, estuvieron en relación más con Alemania que con Italia; y así desaparecieron sucesivamente los humanistas puros, es decir, los hombres que se fijaban casi exclusivamente en el arte de escribir, para quienes la ciencia era tan sólo una retórica y que habían formado la escuela que tanto floreció en Italia desde 1450 a 1550. El mismo francés Antonio Muret (1526-1585), que no ha dejado sino discursos llenos de lugares comunes y de una elegancia huera (6), luchó contra la superstición del ciceronianismo; y Enrique Estienne, después de muchos otros, protestará contra estos excesos en el *De latinitate falso suspecta* y en el *Pseudo-Cicero*, en el que demuestra cuán poco conocían en realidad los puristas el verdadero idioma vigoroso y vivo de los latinos, y cuánto se engañan al proibir, bajo el pretexto de que se parecen demasiado al francés, términos ó modos de estilo que precisamente pertenecen al habla más pura de los romanos.

Enrique Estienne II (7), hijo de Roberto I, nacido probablemente en 1531, pertenecía a la ilustre familia de los Estienne (8). En su existencia, como en la de su padre, se juntan los rasgos más característicos de la profesión de impresor en la época del Renacimiento, es decir, en el tiempo en que tan íntimamente relacionada estaba con la erudición.

Como se editaban muchos libros latinos y griegos, los impresores necesitaban conocer a fondo estos dos

(5) El primer catálogo de los manuscritos griegos de la biblioteca de Fontainebleau se redactó entre 1549 y 1552. Contiene 716 números (Omont, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», tomo XLVII, 1886).

(6) C. Dejob, *Marc-Antoine Muret*, 1881.

(7) L. Feugere, *Essai sur la vie et les ouvrages de Henri Estienne*, 1853; véase también: *Caractères et portraits littéraires du XVI^e siècle*, tomo II, 1859. L. Clement, *Henri Estienne et son œuvre française* (tesis de la Facultad de París), 1898.

(8)		
Enrique I Estienne 1460, † hacia 1520		
Francisco 1502-1550	Roberto 1503-1559	Carlos 1504-1564
Enrique II 1531-1598	Roberto II	Francisco II

idiomas y haber recibido una educación muy sólida (1). Enrique Estienne refiere que de niño nunca había hablado más que en latín, y que «apenas salido de la cuna (2),» había aprendido el griego; y el poeta Daurat decía que en casa de los Estienne, el padre, la madre, los criados, los hijos y los parroquianos hablaban con impecable pureza la lengua de Plauto y de Terencio. Enrique se distinguió por su prodigiosa precocidad, como lo prueba el hecho de que en 1544 ó 1546 ya proporcionaba a su padre notas para una edición de un autor griego; pero además de esta educación de los libros, su misma profesión le hizo estudiar la vida y la sociedad, porque los impresores estaban obligados, por razón de sus negocios, a sostener relaciones con casi todos los países. Roberto Estienne tenía a su lado, como correctores, a algunos alemanes, y sostenía correspondencia con Italia y con los Países Bajos. Enrique partió para Italia en 1547, a la edad de diez y seis años, y allí estuvo hasta 1549; luego pasó a Inglaterra en 1550, y regresó a Francia por Flandes y por Amberes, en donde la gran imprenta Plantin era un centro casi europeo. La profesión de impresor, muy acreditada y muy estimada, era objeto de gran vigilancia desde que se inició la cuestión religiosa, y toda edición, toda traducción de los libros sagrados parecía preñada de peligros para la fe (3). A fines de 1550, Roberto y Enrique hubieron de abandonar París y se refugiaron en Ginebra, en donde se adhirieron a la Reforma.

Entonces Enrique volvió a Italia, en donde descubrió a Anacreonte y diez libros de Diodoro de Sicilia, y en donde, a pesar de su condición de protestante emigrado, fué utilizado por el embajador francés, Odet de Selve, para una misión política. Después de haber permanecido algunos meses en París, regresó a Ginebra, y fundó allí una imprenta que se sostuvo en gran parte gracias a la munificencia del famoso banquero de Augsburgo, Fugger.

Pero tenía, como tantos otros hombres de su generación y como su propio padre, un carácter inquieto, bullicioso, irascible, y un espíritu independiente. La mayoría de sus obras están llenas de sangrientas invectivas contra el clero católico, lo que no le libró, sin embargo, de las persecuciones de los «Monseñores de Ginebra,» quienes juzgaron escandalosa la *Apologie pour Herodote* («Apología en pro de Herodoto»), ese libro de combate contra el catolicismo. Enrique fué encarcelado por ciertos epigramas y condenado a «pedir gracia a Dios y a Monseñores.»

A partir de 1573, su comercio decayó y hasta su muerte hubo de luchar con dificultades financieras cada vez más dolorosas: en un viaje que hizo a Alemania en 1585, perdió todo un cargamento de libros; en 1588 estaba en Basilea; en 1591, en Ginebra, y al fin, agotado y pobre, murió en Lyon en 1598.

Su obra es inmensa y compleja. Además de innumerables ediciones de autores antiguos (la mayoría con comentarios y en cuanto a los griegos con su traducción en latín), como Anacreonte, Píndaro, Plutarco, Platón,

(1) Véase, por comparación, Dumoulin (José), *Vie et œuvres de Frédéric Morel, imprimeur à Paris depuis 1557 jusqu'à 1583*, 1901.

(2) *A teneris propemodum unguiculis*.

(3) Véase pág. 242.

Homero é Isócrates, publicó el *Traicté de la Conformité du langage français avec le Grec* («Tratado de la conformidad del idioma francés con el griego») (1565); la *Apologie pour Herodote* (4) (1566); el *Thesaurus græcæ linguæ* («Tesoro de la lengua griega») (1572), obra esta última enorme y que, por una injusticia demasiado frecuente de la fortuna, fué una de las causas de su ruina, a consecuencia de los gastos que le ocasionó; *Deux dialogues du nouveau langage français italianisé* («Dos diálogos del nuevo idioma francés italianizado») (1578); *La precellence du langage français* («La superioridad del idioma francés») (1579); y además un poema latino *Principum Musa Monitrix* («La Musa consejera de los príncipes») (1590). En casi todas estas obras (5) la erudición va acompañada de discusiones filosóficas, religiosas ó morales, y de virulentas digresiones satíricas. La personalidad del autor, sus pasiones, su vida, sus odios se manifiestan lo mismo en la «Apología en pro de Herodoto» que en el «Nuevo idioma francés italianizado.»

Jacobo Amyot (6) nació en Melún, de familia muy humilde, y trasladóse a París, entrando en el colegio del cardenal Lemoine, en donde, según algunos, fué criado al mismo tiempo que estudiante. Habiendo obtenido en 1532 el título de maestro en artes, la protección de Margarita de Navarra le aseguró una cátedra en la Universidad de Bourges, en donde, por espacio de doce años, enseñó griego y latín. Sus primeras traducciones de autores latinos le valieron la abadía de Bellozane (Normandía) que le regaló Francisco I; y desde aquel momento su carrera fué brillantísima. Fué enviado oficiosamente al concilio de Trento y nombrado, en 1554, preceptor de los dos hijos mayores de Enrique II; más adelante le vemos colmado de honores y de beneficios, desempeñando sucesiva ó simultáneamente los cargos de Limosnero mayor de Francia, miembro del Consejo privado, obispo de Auxerre (desde 1570), comendador de la orden del Espíritu Santo y custodio de la Biblioteca del Rey.

Modesto en apariencia, era sumamente hábil para cuanto podía contribuir a su personal prosperidad; así, no dejó de dedicar sus obras a los diversos reyes, y en sus dedicatorias mostrábase a veces demasiado humilde: «No me atrevía a creer que pudiera salir de mí, persona tan baja y tan pequeña bajo todos conceptos, cosa que pudiera ponerse delante de los ojos de vuestra Majestad.» Pero este era el estilo de la época y, por otra parte, a pesar del culto profesado a las letras y a la ciencia, la reputación alcanzada no siempre disimulaba la inferioridad de los orígenes. Brantome refiere que Carlos IX se complacía en repetir a Amyot que se alimentaba de lenguas de buey (decíase que era hijo de un carnicero), y hasta un día, algunos miembros del Parlamento, irritados porque había querido violar uno de sus privilegios honoríficos, «vomitaron contra él injurias y llegaron a llamarle villano é hijo de carnicero.» Pero él no hacía ningún caso de estos insultos. Su for-

(4) Con un título especial: *Introduction au traité de la Conformité des merveilles anciennes avec les modernes...*

(5) Hasta los prefacios, sobre todo el del *Thesaurus*, reflejan á menudo su temperamento y sus pasiones.

(6) A. de Blignieres, *Essai sur Amyot et les traducteurs français au XVI^e siècle*, 1851.

tuna brillante y el favor que le dispensaron los reyes, especialmente el impopular Enrique III, le expusieron á muchas contrariedades y aun á peligros en tiempo de la Liga. Los sediciosos de Auxerre se amotinaron contra él en 1589, y, como no era un héroe ni mucho menos, para escapar de sus manos intentó toda clase de promesas. Murió en 1593.

Amyot se limitó á traducir, pero en sus traducciones hay casi genio. Tradujo la novela griega «Theagenes y Chariclea,» los «Amores pastoriles de Dafnis y Cloe,» las «Vidas de los hombres ilustres, griegos y romanos,» de Plutarco, y las «Obras morales» del mismo autor. Con su traducción de Plutarco fué inconscientemente un inspirador del alma francesa, pues muchos hombres y muchas mujeres encontraron en las vidas de los hombres ilustres el ideal del heroísmo. Todas las bibliotecas del siglo XVII tuvieron su Plutarco.

La enseñanza del derecho refleja exactamente las preocupaciones del pensamiento de aquella época, y en ella se observa un primer hecho digno de atención, á saber, el desarrollo, al lado del derecho canónico, del estudio del derecho romano que durante mucho tiempo había estado limitado á determinadas universidades, las de Bourges, Orleáns y Angers. La misma facultad de Derecho canónico de París hubo de introducirlo subrepticamente en sus enseñanzas. Por primera vez, un doctor recibió en 1541 autorización para dar lecciones privadas sobre dos títulos del Digesto: *De regulis juris* («De las reglas del derecho») y *De verborum significatione* («Del significado de las palabras»). Posteriormente, en un «Memorial de la Facultad» que comprende los años 1542 á 1551, vemos figurar casi regularmente al lado del derecho canónico lecciones de derecho romano. Un tal Delacroix lee el título *De Actionibus* («De las acciones») del libro IV de la *Instituta* (derecho romano), mientras otro profesor comenta el *De Acusationibus* («De las acusaciones») del libro IV de las Decretales (derecho canónico). Asimismo Rebuffi, célebre profesor, comenta el *De Exceptionibus* («De las excepciones») del libro II de las Decretales, y uno de sus colegas el *De rerum divisione* («De la división de las cosas») del libro II de la *Instituta*.

La nueva enseñanza encontró viva oposición y las Facultades que gozaban del privilegio de darla no querían que se permitiera á las demás conferir los grados. Todavía en 1576, Cujás, cuando fué á París, sólo por consideración á su gran fama obtuvo autorización para «enseñar públicamente derecho romano y conferir los grados del mismo.» La ordenanza de 1579, publicada de conformidad con la aspiración de los Estados de Blois de 1576, contenía el artículo siguiente: «Prohibimos á los de la Universidad de París que enseñen ó gradúen en derecho civil.» La Universidad cedió en lo de los grados, pero continuó dando lecciones.

Pero este nuevo estudio siguió en un principio los métodos de la Edad media. La escuela bartolista, así llamada del nombre de su fundador, Bartole († 1357), permanecía apegada á las costumbres de la escolástica, basando toda discusión, más que en los textos y en los documentos, en las «autoridades.» Su doctrina consistía en acumular opiniones múltiples para sacar de ellas la opinión común; así Forcadel, el rival

de Cujás, hacía gala de no enunciar nunca una tesis personal y de apoyarse en el testimonio de jurisperitos anteriores en vez de intentar, «por amor propio, según decía, hacer prevalecer interpretaciones temerarias;» lo cual no era óbice para que profesara doctrinas y aun formulara síntesis. Como los jefes de la escuela, no aislaba el derecho romano de los otros derechos, canónico y germánico; al contrario, se servía de él para ahondar en éstos, para vivificarlos, y deducir de él teorías completamente modernas. Gracias á esto la escuela bartolista, aunque poco científica, tenía vida.

Otra escuela más antigua, la de Accurse ó de los glosadores, había compilado ó resumido en «Sumas» enormes ora los textos, ora las glosas que de éstos se habían hecho. Finalmente los tratados, las sumas y las glosas se componían para los causídicos y en realidad no representaban otra cosa que compilaciones de opiniones destinadas á facilitar á los jueces una jurisprudencia. Así pues, entre la ciencia y el derecho existía un abismo.

Estas dos escuelas fueron desde muy pronto atacadas por los hombres del Renacimiento.

«En el caso en que la controversia era patente y fácil de juzgar, dice Pantagruel á los doctores, vosotros la habéis oscurecido con razones necias é irracionales y con opiniones ineptas de Accurse, Balde, Bartole... y esos otros viejos tontos que jamás entendieron ley alguna de las Pandectas... Porque, según es evidente, no conocían la lengua griega ni la latina, sino solamente la gótica y bárbara.»

Los jurisconsultos de la nueva escuela, del Renacimiento, fueron humanistas; habían aprendido el griego y el latín, conocían perfectamente los autores latinos y algunos hasta eran letrados: Alciato, uno de los promovedores de la reforma, había puesto notas á Plauto y á Terencio y escrito poesías latinas; Budé también debe ser incluido entre los primeros renovadores de los estudios jurídicos (1).

La reforma, al igual que había hecho en punto á la erudición clásica, comenzó por publicar ediciones más correctas y por realizar ensayos de restitución de los textos: Digesto, Código, Instituciones de Justiniano, Ley de las Doce Tablas, Edicto perpetuo. Más adelante, en 1558, Enrique Estienne publicó las «Leyes imperiales griegas,» y dos años después las tradujo al latín.

Cujás (2), nacido en Tolosa en 1522, es, en la historia del derecho, el representante más ilustre de la Universidad de aquella ciudad, que siempre había concedido gran atención á los estudios jurídicos; en ella aprendió las lenguas antiguas, historia y filosofía, al mismo tiempo que derecho; comenzó allí su profesorado en 1547; enseñó luego en las Universidades de Cahors, de Bourges, de Valence y de Turín; estuvo algún tiempo, muy poco, en la de París, y volvió á Bourges, en donde falleció en 1590.

En Bourges tuvo por oyentes á un gran número de jurisconsultos y de eruditos; en Valence, asistieron á

(1) Acerca de él véase pág. 148.

(2) J. Berriat, Saint-Prix, *Biographie de Cujás*, 1822. Glasón, *Histoire du Droit et des Institutions de la France*, tomo VIII, 1903, publica una bibliografía y una lista detallada de los muchos escritos de Cujás. Girard, artículo *Cujás* en la «Grande Encyclopedie» (con bibliografía).

sus lecciones José Escaligero y de Thon, y á fines de su vida Gregorio XIII le invitó á trasladarse á Italia. Se le calificaba de «*professor legum admirandus*» y de «*vir Jurisprudentie in antiquam dignitatem restitenda natus*;» y el Parlamento le llamaba «personaje de grande y singular doctrina y erudición.» Tuvo naturalmente adversarios numerosos y violentos, como lo eran en todo los hombres de aquella época, y sus adversarios fueron: Forcadel en Tolosa y Duaren y Doneau en Bourges (1). El ardor de las luchas demuestra la novedad de las doctrinas de Cujás y su significación histórica.

Sus obras son inmensas (2) y se componen de ediciones como «Fragmentos de Ulpiano, Código Teodosiano, Instituciones de Justiniano, Novelas,» y de comentarios sobre el Código, el Digesto y las Instituciones y sobre las obras de ciertos jurisconsultos, como por ejemplo Papiniano.

Cujás fué ante todo un profesor de derecho civil, es decir, de derecho romano, lo cual, en aquella época, era una especie de laicización de la enseñanza jurídica. Sólo se conoce de él una obra de derecho canónico. Practicó las costumbres intelectuales de los humanistas; muy versado en las literaturas griega y romana, supo poner de acuerdo los textos históricos y literarios con los textos jurídicos. Además, en vez de glosar el texto aislado ó de compilar los comentarios hechos anteriormente sobre un texto de juriconsulto, procuraba colocar nuevamente este texto en la obra misma del juriconsulto, poner luego al juriconsulto en su escuela y situar la escuela en su época; de este modo introducía en el estudio del derecho la noción histórica y se servía del derecho como elemento de reconstitución de las civilizaciones antiguas. Su labor era, por consiguiente, distinta y superior á la de los que sólo sacaban del derecho motivos de decisiones que los magistrados aplicaban en la vida corriente.

Los eruditos y los jurisconsultos se unían, pues, en una comunidad de método, y en lo sucesivo los trabajos sobre el derecho romano iban á interesar á los sabios tanto como á los causídicos, y á convertirse en uno de los instrumentos de la cultura general. Fué un fenómeno casi del mismo orden que el que había hecho del latín no ya una lengua puramente usual y limitada á su utilidad ordinaria, sino una parte integrante del pensamiento erudito. Unas cuantas inteligencias distinguidas, L'Hospital, por ejemplo, concibieron la unión de las letras con el derecho; y el juriconsulto Charondas iba aún mucho más allá reivindicando la preferencia para la ciencia jurídica:

«Diré que la verdadera filosofía se encuentra en los libros de derecho y no en las inútiles y mudas bibliotecas de los filósofos.»

IV.—Los eruditos: estudios nacionales

Ya hemos dicho cómo los eruditos se decidieron á estudiar las antigüedades francesas, siguiendo en esta investigación los métodos que se habían aplicado á la reconstitución de la antigüedad; pero como manejaban

(1) En Bourges, los regentes de derecho, excepto uno, se abstuvieron de asistir á la ceremonia de inauguración de su curso.

(2) Todas están escritas en latín.

más documentos que textos literarios, sintiéronse impulsados á mostrar una precisión más rigurosa, á hacer una crítica más exigente, creando de esta suerte la ciencia histórica moderna. Su obra se compone de publicaciones de textos ó de síntesis en los textos fundadas.

Esteban Pasquier (3), nacido en París en 1528 ó 1529, de una familia modesta, estudió derecho bajo la dirección de Hotman y de Baudouin, pasó á Tolosa para tomar lecciones del gran Cujás, fué oyente de Alciato en Pavia y de Socin en Bolonia, y á fines de 1549 debutó como abogado ante el Parlamento de París, teniendo allí por colegas á Pedro Seguier, á Cristóbal de Thon, mayores que él; á Brulart, á Francisco de Montolón y á Bodín, sus contemporáneos, y á Loiseul y Pedro Pithou, algo más jóvenes, todos dotados de talento vigoroso y brillante, y todos llamados á un gran porvenir. Sobrio, enérgico, modesto, laborioso con método, Pasquier conquistó muy pronto una reputación sólida, que no le impidió hacer sus escarceos literarios de los cuales son muestra el *Monophile* («Monofilo») y los *Colloques d'amour* («Coloquios de amor»), escritos según la moda de la época. Su matrimonio con una viuda bastante rica y el nacimiento de un hijo en 1558, le permitieron disfrutar de esa vida de familia que tanto le gustaba y que era la de la burguesía media, vida tranquila, regular, distribuída entre el ejercicio de la profesión y el culto á las letras. Pasquier iba todos los años á presenciar la vendimia en su pequeña hacienda de la Brie ó en la propiedad que tenía su esposa cerca de Cognac.

Abogado muy solicitado, encargósele en 1554 la defensa ante el Parlamento de la causa de la Universidad contra los jesuitas que se habían introducido en la enseñanza; y en ese pleito demostró las cualidades de vigor moderado y el apego á las tradiciones de libertad, tan caras á la clase media francesa, que le distinguieron en la vida pública, en la que entró poco á poco. Asistió á los *Grands Jours* de Poitiers y de Troyes, fué nombrado en 1585 abogado general en el Tribunal de Cuentas, fué diputado en los Estados de Blois de 1588, siguió á Enrique III á Tours, y regresó en 1594 con Enrique IV á París, en donde falleció en 1615.

Nunca había abandonado la literatura ni la erudición: después de sus primeros versos, publicó en 1564 las *Ordonnances générales d'amour* («Ordenanzas generales de amor»), y en 1609 se complació en reunir, bajo el título de *Jeunesse de Pasquier* («Juventud de Pasquier») todas las producciones de sus primeros años, á las cuales agregó las innumerables cartas escritas á varios individuos (4) y que demuestran en él, además de un talento lozano, un sentido muy aguzado, una visión exacta y justa, una inteligencia esencialmente juiciosa y cierta ironía. Como buen burgués francés, tenía el instinto de la realidad, y quizás por esta razón su obra capital es una obra de erudición, no antigua, sino de actualidad: las *Recherches de la France* («Investigaciones de la Francia»), cuyo primer libro apareció en

(3) L. Feugere, *Estienne Pasquier, Etude sur sa vie et ses ouvrages* (en *Caractères et portraits littéraires du XVI^e siècle*, tomo I, 1859). P. Dupont, *De Stephani Pasquierii latinis carminibus* (tesis de la Facultad de París), 1898.

(4) En 1586 se habían publicado diez libros de estas cartas.